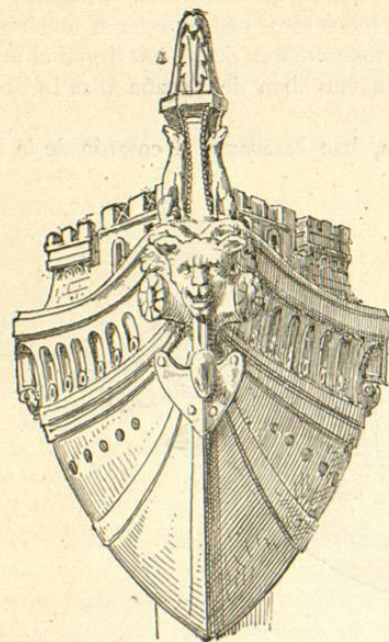


improvisó una confrontación de las medidas empleadas por los comerciantes. En fin, bancos de depósito, de recaudación y de préstamo, dirigidos por los *argentarios*, facilitaban las transacciones (1), y anuncios fijados en las esquinas hacían saber á los transeuntes lo que podía interesarles.

A este propósito notemos que, considerado desde un punto de vista elevado, el comercio fué en todos tiempos uno de los factores más poderosos de la civilización de los



Detalles navales (2)

pueblos: no sólo cambia ideas al mismo tiempo que mercancías, sino que también hace entrar en la legislación, mucho más que las filosofías y las religiones, esas nociones de equidad que modifican las doctrinas de los juristas. En las antiguas edades de la humanidad, los sacerdotes y los filósofos establecieron dogmas concebidos *à priori* y casi siempre exclusivos, mientras el comercio, tomado en el sentido más general de la palabra, el de relaciones entre hombres de ciudades y razas diferentes, ha suministrado los hechos de experiencia que han roto la estrecha envoltura de los sistemas. Interesado, por ejemplo, en que prevaleciera la buena fe en los contratos, dió á las relaciones sociales reglas cada vez más racionales y justas, que de la práctica de los negociantes pasaron necesariamente á las tesis de los jurisconsultos. ¿Quién ha abierto en nuestros días las puertas del Japón y de la China y quién hará la civilización del Africa? ¿Quién destruirá en el continente la caza del hombre, el estado de guerra permanente, todas las violencias, todas las abominaciones que provoca la trata? El comercio: el comercio ha triunfado donde habían fracasado las predicaciones religiosas.

(1) Dig. XVI, 3, S. M. Perrot, en su memoria sobre el *comercio del dinero en Atenas*, ha mostrado la extensión que tenían los negocios de banca en las ciudades griegas. Tres ó cuatrocientos años antes de nuestra era, había en Atenas sociedades de participación y prestamistas de dinero. Los banqueros hacían anticipos sobre títulos ú objetos preciosos: llevaban sus libros de cuentas donde se apuntaban las entradas y salidas de fondos, su correspondencia, y sino la letra de cambio, á lo menos el cheque ó bono. Sin tener un carácter oficial, los banqueros eran depositarios de actas y contratos. Prestaban á las ciudades y suscribían en cierto modo empréstitos de Estado. La legislación romana sujetaba á muchas formalidades la cesión de los derechos incorpóreos; la legislación ateniense, mucho más sencilla, estaba en vigor probablemente en todo el mundo griego.

(2) Piranesi, *Vasi*, II.

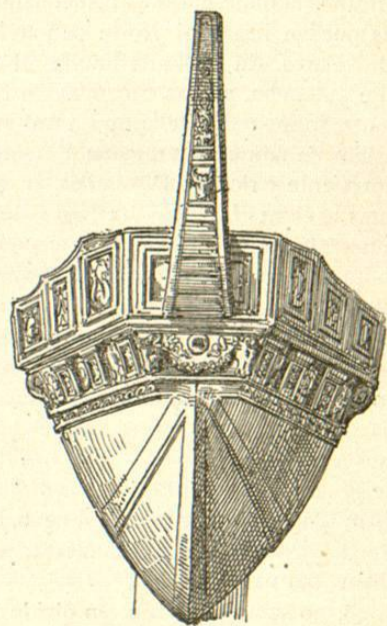
La riqueza de un pueblo puede calcularse por el número de sus viajeros. Los de aquel tiempo eran tan numerosos y acaso más que los nuestros hace cincuenta años. El gusto impelía á los viajeros tanto como la necesidad. «Una vida dulce y reposada, dice un poeta del siglo primero, en el seno de los mismos penates no tiene encantos. Se desea visitar nuevas ciudades, navegar por mares desconocidos, hacerse ciudadano del mundo.»

Así, pues, á creer á Séneca, la mitad de los habitantes de Roma, de los municipios y de las colonias no eran sino extranjeros, arrastrados lejos de su patria por un viaje de negocios ó de recreo. ¡Cuán legítimo y genuino representante de sus contemporáneos era el emperador Adriano, el viajero infatigable!

Las postas públicas, el correo instituido por Augusto y reorganizado por Adriano, siempre á costa de los municipios por cuyos términos pasaba, no servía más que á los agentes del gobierno y á los que, en escaso número, obtenían del príncipe el favor especial de hacer uso de él. Pero la industria había venido en ayuda de los viajeros ordinarios y explotaba sus gustos ó necesidades suministrándoles el medio de satisfacerlos. Así antes de partir, podían buscar en los mapas, en los itinerarios y guías todos los datos necesarios. A las puertas de las principales ciudades encontraban los carros y caballos de los *veturini*; en el camino, paradores, hosterías públicas, *mansiones*, cuyo propietario era responsable de todos los daños sufridos por los viajeros en su casa. Una posada de Lyon tenía este anuncio:

«Aquí promete Mercurio provecho, Apolo salud y Septumano buena cama y buena mesa. Quien pare aquí, no se arrepentirá. Viajero, mira bien adónde te alojas.»

Entonces, pues, el negociante corría á su tráfico, el centurión á su cohorte, el administrador á su función (3), el enfermo á las aguas bienhechoras y á los altares de las divinidades benéficas, Esculapio, Isis, Serapis; el supersticio-



Detalles navales

so á las peregrinaciones y á los oráculos fanáticos; el ocupado á las solemnidades y fiestas; el hombre de gusto á los lugares consagrados por la historia y el arte, á las ma-

(3) En una multitud de inscripciones, el *cursus honorum* de los funcionarios muestra la frecuencia de los cambios de residencia. Vease centuriones, que en su carrera militar dieron dos ó tres veces la vuelta al imperio. Lo mismo sucedía con los legados imperiales. Así un ciuda-

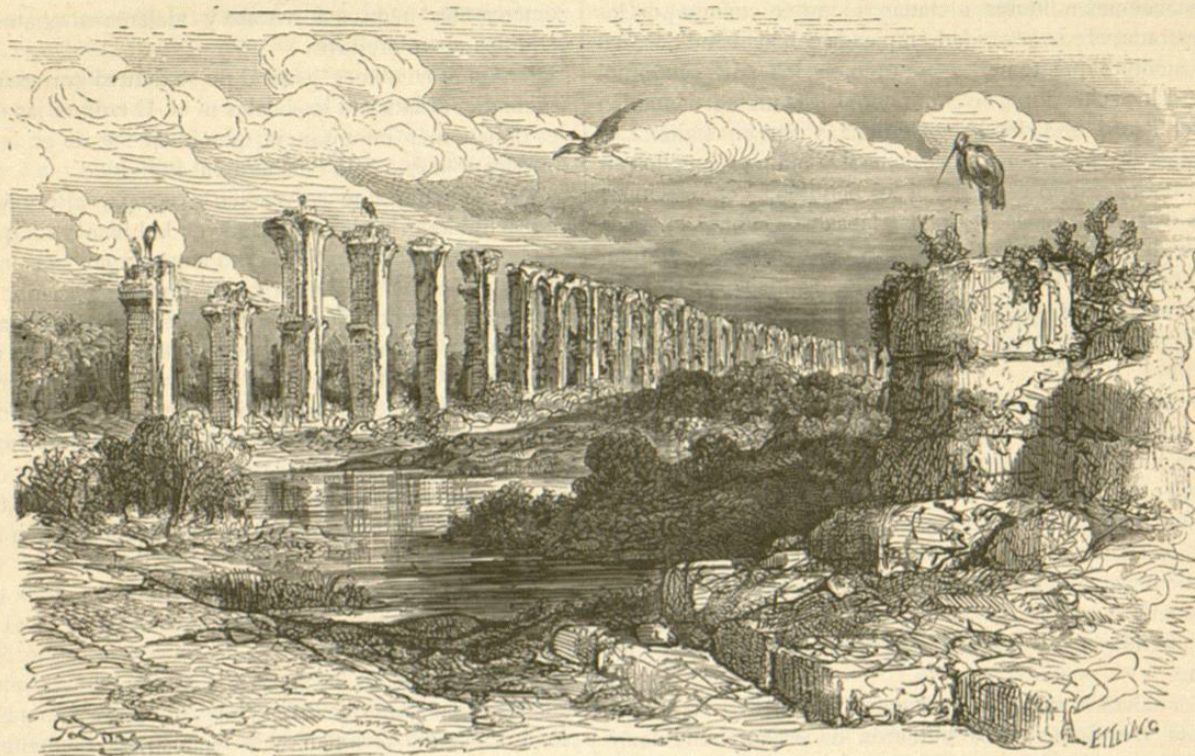
navillas arquitectónicas de Roma, de Grecia y de Egipto, donde escribía su nombre en las pirámides y en el coloso de Memnón.

Fuera de esto, todos los estíos, el sol ó la *malaria* ahuyentaba á los ricos de las ciudades calorosas y de las mal sanas llanuras hacia las sombrías y frescas montañas ó hacia las *villas* ó quintas construidas á orillas de un tranquilo golfo.

Más modestamente viajaban el estudiante inscrito en las grandes escuelas de Autun, Milán, Cartago, Tarso y Antioquía, ó en las de Roma y Atenas, de Beruti y Alejandría, que eclipsaban á todas las demás; el profesor y el médico en busca de discípulos ó de clientes; el sabio, el filósofo y

el iluminado pidiendo la ciencia á las escuelas ó á las revelaciones de los misterios (1); el artista buscando fortuna y aplausos; el charlatán que explicaba los sueños ó exhibía curiosidades; los sacerdotes mendigantes que paseaban por las ciudades sus dioses protectores, tendiendo la mano á los devotos.

Los antiguos podían contemplar en sus viajes una naturaleza como impregnada de divinidad, y á cada paso encontraban sitios llenos de recuerdos mitológicos, que sin creer mucho en ellos, se complacían en encontrar. Los grandes fenómenos físicos que, para nosotros, son efecto de leyes generales, eran aún para el común de los viajeros actos de la voluntad divina. Tales fenómenos excitaban



Ruinas del gran acueducto de Mérida (Emerita Augusta). Delaborde

una admiración mezclada de terror religioso, y estas creencias que persistían á pesar del creciente escepticismo, estas leyendas reanimadas sin cesar por los poetas impelían á numerosos viajeros á visitar las provincias pacíficas. No tenían aún nuestro reciente entusiasmo por los *bellos horrores*, y toda su literatura revela cuánto amaban la dulce y risueña naturaleza, los encantadores sitios de los collados subapeninos, los frescos valles, los umbríos y silenciosos bosques y los amplios horizontes del mar.

Se viajaba, pues, aun, por el sojo placer de la vista, y algunos hasta iban á buscar los grandes espectáculos que la naturaleza despliega. ¡Cuántos siguiendo las huellas de

dano de Laodicea, sirve como soldado y luego como centurión en la X.^a *Gemina*, acantonada en Vindobona (Panonia Sup.): en la IV.^a *Flavia* (Mesia Sup.), XII.^a *Fulminata* (Capadocia), II.^a *Cirenaica* (Arabia), X.^a *Fretensis* (Judea), II.^a *Adjatrix* (Pan. Sup.), V.^a *Macedonica*, en Troesmis, donde murió (Renier, *Inscrip. de Troesmis*, página 36).

(1) Conocidos son los numerosos viajes hechos por Diodoro, Estrabón y Pausanias para la historia y la geografía; por Dioscórides y Galeno para la botánica y la medicina; por Apuleyo para iniciarse en los misterios; por Apolonio de Tiane, los filósofos y los retóricos, cuya vida nómada nos muestran Luciano y Filostrato. El Digesto (XXVII, 1, 6, § 1) habla de gramáticos, sofistas, retóricos y médicos nómadas, *circulatorios*.

Adriano treparon al Etna y al monte Casio, como nosotros subimos al Righi para ver salir el sol! ¡Cuántos otros imitaron á Sabino, aquel amigo de Luciano, que fué á los últimos límites de las provincias occidentales «para oír» el silbido del sol cuando se hundió en las ondas (2), ó lo que era más fácil, para contemplar las poderosas olas de los grandes mares del Atlántico! La barra del Sena y el bore del Girona debieron admirar singularmente á aquellos ribereños de un mar en que el flujo y reflujo son imperceptibles. Se han descubierto últimamente las suntuosas ruinas de una *villa* romana en la isla de Wight, adonde la más alta nobleza de Inglaterra va todavía á buscar los pintorescos sitios que tanto gustaban á los contemporáneos de Adriano ó de Severo.

Los que querían viajar aprisa hacían de 15 á 20 leguas diarias, y mucho más cuando el emperador permitía servirse de las postas públicas. De este modo se podía ir de Antioquía á Bizancio (más de 1.100 kilómetros) en menos de seis días, lo que supone una locomoción continua de día y de noche de dos leguas por hora, y aun más, teniendo en cuenta el tiempo de las detenciones indispensables (3).

(2) Juvenal, *Sat.* XIV, 278.

(3) Tiberio anduvo 74 leguas en 24 horas (Plinio, *Hist. nat.*, VII,

